

CARLOS V EN LA OBRA DE DON FRANCISCO RAMOS DEL MANZANO, MAESTRO DE CARLOS II

ADOLFO MARTÍNEZ RUIZ

El siglo XVII español fue pródigo en escritores que trataron, con sus obras, de educar a príncipes y gobernantes, tal es el caso de don Francisco Ramos del Manzano¹ que, con su obra *Reynados de Menor edad y de Grandes Reyes, Apuntamientos de Historia*, va a servir fines didácticos y pedagógicos en favor de Carlos II, al que se propone enseñar a leer y escribir al mismo tiempo que adoctrinar, según el mandato de su madre la reina gobernadora Mariana de Austria :

«cuando S. Majestad honró mi cortedad, mandándome servir de Maestro al Rey mi Señor, recibí una instrucción para el oficio, firmada de su Real mano, en cuyos capítulos después de encargarme el cuidado de que su Majestad juntamente con la doctrina Christiana, aprendiese las primeras letras, leyendo y escribiendo, y sucesivamente, la lengua latina, con la italiana, y francesa ; se leen a la letra los dos capítulos que se siguen, y son los que han dado motivos a estos apuntamientos»².

Para tal fin, Ramos del Manzano muestra una serie de reinados que tuvieron parecida iniciación. Todos los seleccionados comienzan por una minoría de edad y en casi todos ellos jugaron papel importantísimo las madres respectivas, como era el caso del propio Carlos II, a quien la obra iba dedicada.

Se trata, como vemos, de una enseñanza llevada a la esfera política, según cabía esperar de un escritor del siglo XVII y más concretamente de su segunda

1. En mi tesis doctoral trato ampliamente sobre la vida y la obra de don Francisco Ramos del Manzano, por lo cual excuso de hacer aquí cualquier referencia al mismo.

2. *Reynados de Menor edad y de Grandes Reyes, Apuntamientos de Historia*. Madrid, 1672, primeras páginas sin numerar. (Advierto que he modernizado la ortografía, en todas las citas, conservando los arcaísmos de léxico).

mitad. Piensa nuestro autor, que el conocimiento del pasado entraña una enseñanza moral que se deriva de los ejemplos reales. Es en este sentido cabalmente como Ramos del Manzano entiende la Historia.

«la Historia es una viva representación de lo pasado, que da documentos grandes, y enseña, para librarse de algunas cosas, en que otros Príncipes han sido notados, y siempre ayuda mucho, el tener presente lo que se refiere para resoluciones grandes»³.

Una utilización tal de la Historia es consecuencia del carácter eminentemente práctico de la cultura barroca, en la cual interesa, sobre todo, el uso que de ella pueda derivarse, como ha puesto de manifiesto Maravall al señalar que la nueva época se sentirá preocupada por esta cuestión, a la que, dándole una formulación final y definitiva, responderá el título de la obra de este género del abate de Saint-Real: *usage de l'histoire*⁴. Si bien insistiendo que en el caso de nuestro autor se trata de un recurso con fines educativos y con un propósito reformador.

He centrado este trabajo en el último de los reinados expuestos por Ramos del Manzano, es decir, en el de Carlos V, por considerar que la figura del emperador cobra una dimensión nueva al ser vista por un escritor político del siglo XVII, que la pone como ejemplo a Carlos II, su tataranieto, deseándole que sólo sea segundo en el orden de sucesión y no en las hazañas⁵.

A lo largo de casi un siglo (1604-1683), nuestro autor fue testigo de la lenta decadencia que ahora se manifestaba en todos los órdenes de la vida, viendo cómo se abandonaban ideas, modelos, actitudes, todo un sistema de vida, en suma, que había hecho de la centuria anterior una auténtica epopeya al servicio de la fe y del imperio, y que ahora se ven sustituidos por la picaresca con un trasfondo de amargura y fracaso. Pero es que, además, Ramos del Manzano había sido testigo presencial, en la paz de los Pirineos, del epílogo de la derrota española. La naciente hegemonía de la Francia de Luis XIV, así como los acontecimientos posteriores, debieron patentizar en él la necesidad de un cambio que obrase como un revulsivo en aquella triste corte, en la cual, la nobleza intrigaba para conseguir unas mejoras posiciones, unas mayores y mejores prebendas, pero no para defender el prestigio de la Monarquía y mucho menos el de España, seriamente amenazados por Francia. Ante este desalentador panorama, don Francisco se aferra a un rayo de esperanza, que para él, como para muchos otros, se centra en la espera mesiánica de un redentor. Lo que ha ocurrido es que la falta de un ideal colectivo ha producido un vacío que cristalizará, en la última generación del siglo XVII, acentuando la concepción providencialista de la vida. No es ni más ni menos que la evolución del

3. *Ibidem.*, primeras páginas sin numerar.

4. Ver el estudio preliminar que José Antonio Maravall hace a las obras de Mártiz Rizo, *Norte de Príncipes y vida de Rómulo*. Madrid, 1945, p. XLI.

5. *Reynados de menor edad...*, *ob. cit.*, pág. 402.

mesianismo, que en el siglo XVI se centraba en la creencia de que había para España una protección singular por parte de la Providencia en las «guerras divinales», que decía Alonso de Contreras⁶, que ahora, un siglo después, se traduce en el deseo de que aparezca un «Salvador de España» que en el momento histórico que analizamos, puede ser Carlos II, Ramos del Manzano se hace eco del sentir popular que encomendaba los destinos de España a su nuevo rey⁷. Es evidente que su deseo estaba por encima de la realidad presente, no obstante lo cual, nuestro autor aventura consejos y ejemplos que puedan ser imitados por su regio discípulo y no es casualidad que insista en aquellos que significan defensa de la fe contra herejes e infieles:

«La primera, como lo debía ser, fue la Religión, y el celo de ampararla, y mantenerla en la integridad Catholica, así con su exemplo, y con la protestación pública della, que hizo en Vormes, y acompañó su autoridad Imperial, y oficios en otras diestas, como la espada en las batallas contra Herejes, y Infieles, publicando en la de Túnez, que un Santo Crucifijo, que levantó en alto, era el General de aquella Empresa, y Carlos su Alférez, y en la guerra de Alemania, que había venido, visto, y solo Dios había vedando»⁸.

Caudillo de «guerras divinales», ¡cuánto puede la obsesión de Ramos del Manzano!, que disoda la realidad que se patentiza en su regio discípulo de la que forja su imaginación desatada al conjuro de la evocación carolina.

Y junto a esto su otra gran obsesión, el valimiento. A este respecto no dudamos en incluirlo en ese tercer grupo de autores que señala Tomás y Valiente⁹, caracterizados por rechazarla figura del valido como perjudicial para la monarquía. Sus ideas, en este sentido, son claras y hasta radicales —había vivido muy de cerca el reinado de Felipe IV, las consecuencias del abandono del poder real en manos del conde-duque y de don Luis de Haro, siendo amigo personal de ambos— a este fin dice:

«y leerá en los Reynados de don Fernando el Santo, y San Luis, don Alfonso el de las Navas, Don Henrique el Doliente, los Catholicos Fernando, y Isabel, y el Emperador Carlos Quinto, que todos reinaron por sí y se aplicaron el oficio de Reyes sin sustituir el peso en otro, y cuan del bien y satisfacción de sus Reinos»¹⁰.

6. Véase sobre el tema, de Juan Sánchez Montes: *Franceses, Protestantes, Turcos. Los españoles ante la política internacional de Carlos V*. C.S.I.C. Madrid, 1951, pp. 42 a 51.

7. Después será don Juan de Austria el que encarne el mito de «Salvador», y más adelante, en la centuria siguiente, Luis I. Véase *Un escritor político de 1714*, de Vicente Palacio Atard, en Anuario H.^a del Derecho español, XVIII. 1947, p. 647; citado por Juan Sánchez Montes, *ob. cit.*, p. 45—

8. *Reynados de menor edad...*, *ob. cit.*, pp. 392-393. Son palabras tomadas de los cronistas, ver: SANDOVAL, Libro XXIX, cap. 19, t. III, p. 297; SEPÚLVEDA, libro XXV, cap. XIII. En *CHRONICA NOVA*, núm. 6 de José M.^a García Fuentes *«Testigo de Mühlberg»*, pp. 91-97, donde se publican fragmentos de la Crónica de B. del BUSTO, cap. XIV. También Juan Sánchez Montes, *ob. cit.*, pp. 46-47, nota 46.

9. *Los validos en la Monarquía española del siglo xvii*. Madrid, 1963, pp. 122 a 140.

10. *Reynados de menor edad...*, *ob. cit.*, primeras páginas sin numerar.

Más adelante insiste sobre el tema, refiriéndose ahora, al caso concreto del emperador:

«entrando a reinar con pocos años, en Provincias turbadas, y naciones tan diferentes, en lenguas, y costumbres, se supo hacer amar, y respetar de todos, y lo consiguió con aplicarse celosamente al oficio de regirlos, y Reina por sí, y procurar que siempre se entendiese que de sí sólo dependían las resoluciones»¹¹.

Al hilo de estas consideraciones insiste una y otra vez en que, para el rey, su primera obligación es «hacer el oficio de Rey». Para Ramos del Manzano la constitución social se modela y articula, todavía en órdenes o estados y al rey corresponde realzar la virtud, administrar la justicia, realizar las más altas fundones del estado: defensa de la Iglesia, propagación de la fe, amparo del pueblo contra la opresión y mal gobierno. A esta obligación el rey no ha de faltar nunca, ni incluso el dolor o la enfermedad serán motivos válidos para abandonarla:

«y en alguna ocasión, en que se le dixo, que por estar el Rey doliente, no se daban audiencias, a quien la pedia, respondió con indignación digna de la Majestad. Que el Rey no estaba doliente, que entrasen, y no se quejasen de que el Rey no hacía su oficio»¹².

El ejemplo escogido no puede ser más certero. Tenía como discípulo a un Rey que podía ser todo menos un hombre sano. Con todo, cuánto de medievalismo hay en esta concepción de la realeza¹³.

Afirma que los reyes deben presentarse a sus pueblos prescindiendo de todo aquello que les impida hacerse estimar por el exclusivo valor de sus personas¹⁴ y aunque, como apunta Maravall¹⁵, testos de este carácter pueden contribuir a falsear la idea de la monarquía católica de los Austrias en el siglo XVII, hemos de reconocer la sinceridad de nuestro autor cuando hace estas afirmaciones. Hay en él un ferviente deseo de que Carlos II llegue a ser el salvador de la monarquía. Para ello, nada mejor que aprender las virtudes que hicieran famoso al reinado de su tatarabuelo, que, si en el orden externo, deben estar encaminadas a la defensa «de la Santa Fe contra sus enemigos»¹⁶, en el interno, estarán presididas por la clemencia y liberalidad:

«Pero se reservó la clemencia y liberalidad para ejercitarla por sí, con sabia y acertada atención política, con que los castigos a que obligó la justicia se ejecutaran

11. *Ibidem.*, p. 394.

12. *Ibidem.*, p. 349.

13. Véase sobre el tema, de Johan Huizinga: *El otoño de la Edad Media*. Madrid, 1965, cap. III.

14. *Reynados de menor edad...*, ob. cit., primeras páginas sin numerar.

15. Estado Moderno y mentalidad social, siglos XV a XVII. Madrid, 1972, t. I, p. 269.

16. *Reynados de menor edad...*, ob. cit., p. 395.

por sus Ministros, y no se cuentan por de don Carlos; y los perdones, y mercedes, se debiera, y atribuyera sólo a su clemencia y liberalidad»¹⁷.

Queda claro que la justicia es necesaria, pero con ser la virtud más «real, y digna del Cetro»¹⁸ puede ser causa de impopularidad, por ello deberán aplicarla los magistrados y, el rey, reservarse para aquellas ocasiones en que la justicia no bate o deba ir acompañada de la clemencia.

Volvamos al principio, a la sorpresa que produce encontrarse, a finales del siglo XVII, con un escritor que defiende los esquemas que movieron a los hombres del siglo XVI, un hombre que cronológicamente debería integrarse en la generación final, la del desengaño, pero que su pensamiento se aferra a la actitud de los que, tras la paz de Westfalia, continúan afirmando que España tenía razón¹⁹, un político, en fin, que piensa y desea que «viva, crezca y Reine Carlos II para exaltación de la Santa Iglesia y gloria del nombre Christiano»²⁰.

Pero dejemos ya el comentario y sea don Francisco Ramos del Manzano, el que con su prosa sencilla, apasionada a veces y siempre veraz, nos muestre la vida y hazañas de un rey español, al par que emperador europeo, añorado en el siglo XVII, y recordando siempre con la admiración que producen los hombres que hacen la Historia.

17. *Ibidem.*, pp. 395-396.

18. *Ibidem.*, p. 287.

19. Véase sobre el tema: «Westfalia ante los españoles de 1648 y de 1948», de Vicente Palacio Atard, en *Arbor*, núm. 25, enero, 1948.

20. *Reynados de menor edad...*, *ob. cit.*, p. 403.

REINADOS DE MENOR EDAD Y DE GRANDES REYES

(Pp. 377 a 403)

En tan gran quebranto, y cuita como el malogramiento del Principe Don Juan, y aviendo fallecido también, en los tres años siguientes, la Reyna Doña Isabel de Portugal, hija mayor de los Reyes Cathólicos, y el Principe Don Miguel su hijo, jurado en Castilla, consoló el señor, a sus padres, y a sus Reynos, con la mayor gloria de ambos, que fue averse hecho pasar, por la persona de la Princesa Doña Juana, hija segunda de los Cathólicos, a la sucesión de Don Carlos de Austria, hijo suyo y del Archiduque Rey don Felipe, el primero de Castilla. El reynado de Don Carlos, se puede contar entre los de primera edad porque en la de seis años, en el de mil quinientos y seis, por muerte del Rey Don Felipe su padre, y el impedimento de su madre la Reyna Doña Juana, le tocó la sucesión de los Reynos de Castilla, aunque las gouernó el Rey Don Fernando su abuelo, hasta que murió, año de mil quinientos y diez y seis, y entonces tenia Don Carlos, diez y seis, y el año antes en los quinze de su edad, auia sido jurado Príncipe, y señor de los Países Baxos, y empezado a gouernarlos: quando por esta consideración no pareciese propia destes apuntamientos la memoria de Don Carlos, deuia buscarla, quien los escriue, para corona deste asunto, y para que corona, y nombre tan glorioso, sean espejo en que se mire, quien aunque aya nacido segundo en el nombre, no nació para ser segundo en las virtudes y hazañas. Con esta mira se han reducido a breue diseño, la vida y hechos de aquel gran Rey, y Cesar Augusto, y grauadose como en lamina, que los represente en la inscripción que se sigue a la traza que otra de marmol en Roma, representó a la posteridad, los del Cesar Octauiano Augusto.

DON CARLOS

Hijo del Archiduque Don Felipe de Austria, Duque de Borgoña y Principe de los Países Baxos, y de la Infanta Doña Juana de Castilla.

Nadó en la Villa de Gante, cabeza del Condado de Flandes; día del S. Apostol Matías, veinte y quatro de Febrero del año de mil quinientos, y fue su primer titulo el de Duque de Luzemburg.

Encargóse de su crianza la Princesa Margarita de Austria, su tia, viuda del Principe Don Juan, y Regente de las Provindas del País Baxo. Fue su Ayo, entre otros, Guillermo de Croy, señor de Chieure, y Ariscot, y su Maestro también entre otros, Adriano Fiorendo, Dean de Louayna.

La crianza se lució sobre todo en el zelo de la Religión Catholica, y otras virtudes Christianas, y fuera destas, mas / en las armas, y exercicios

Chronica Nova 10, 1979, 249-261

de cauallero, que en los de letras (efecto de su vieueza, menos atenta a las lecciones, y de su inclinación, siempre poderosa en los poderosos, que le llevaua a ensayos de batallas, entre sus donceles, y hasta irritar en las leoneras los leones) y con todo aprendió las lenguas, Alemana, Italiana y Francesa, y despues que vino a Castilla, se perfeccionó en la Española, aunque poco de la Latina, y leyó las historias del tiempo en las lenguas del tiempo, y de las artes entendió perfectamente la musica, y estimó, y pudo juzgar de la pintura.

A los diez y siete años de edad despues de auer salido de tutoria, a los catorce en Flandes, se dexó ver Don Carlos a España, con titulo de Rey, por la indisposición de su madre, y precediendo el de su madre al de Don Carlos, acometieron aquellas cunas de su Reynado (como los áspides a Hercules en la su- / -ya) los mouimientos populares de las Comunidades en Castilla, de los Agermanados en Valencia, y de otros sediciosos en Sicilia, y Mallorca, Viena y Austria. Pero ahogó estos Monstruos, en las primaras faxas de Rey, la robusta felicidad de Don Carlos, y entre las mismas fue elegido Rey de Romanos, y aclamado Cesar, y Augusto, Emperador de Alemania, donde luego pasó, y recibió la primera Corona Imperial de plata en Aquisgran.

Estrenó el Cielo su felicidad con las conquistas de los dos Imperios del nuevo Mundo, Mexico y Peru: y los descubrimientos de la nauegación del Mar del Sur, y del estrecho de Magallanes, rodearon el orbe de la tierra, con que fueron empresa digna de Don Carlos, las columnas, y el Mote, de que auia mucho mas allá de aquel termino, que señalauan el estrecho del Oceano entre España, / y Africa las columnas del Hercules de Cadiz.

A compañaron estas glorias de sus primeros años, las de auer hollado las osadias de Franceses, en España, recobrando a Pamplona, y Fuente Rabia, y desterrando el dominio, y armas de Francia, en Italia, restituyendo al Duque Francisco Sforcia, en Milan, ya la República de Genoua, en fu libertad, y Coronando estos triunfos con la prisión del Rey Francisco en la batalla de Pauia.

Hasta aquí las victorias de Don Carlos por sus Capitanes. En adelante sus Capitanes deuiron el vencer, al Bastón, y a la espada de Don Carlos.

En edad, ya floreciente despues de conceder al Rey Francisco, su prisionero en la Corte de Madrid, la buelta a la de Paris, desterrados segunda vez, y deshechos en Napóles, y Lombardia, tres exercitos de Francia, y su liga, reconciliados y satisfechos el Papa Clemente / Séptimo, de la culpa con que sin culpa del Cesar, le ofendieron las armas del Borbon en Roma, pasó Don Carlos a Italia, y recibió por mano del mismo Pontífice despues de la segunda Corona Imperial de yerro, k tercera de oro en Bolonia. Perdonó a Francisco Sforcia, y le restituyó otra vez el Ducado de Milan, como también la libertad a Genoua. Recobró para la Santa Iglesia

Romana, las Ciudades de Rauena, Ceruia, y otras que le estaban usurpadas por los aliados de Francia, y concediendo a su hija natural, Madama Margarita, por esposa a Alexandro de Medicis, sobrino del Papa, conquistó el estado de Florencia para darsele con el título de Duque.

A estas grandezas de Don Carlos, Augusto, victorioso, triunfador, Clemente y pacífico en Italia, sucedieron las de su segundo viage de Alemania, donde atrauesando los Alpes llegó, y dispuso en la Dieta de Augusta, la elección de Rey / de Romanos, y de Vicario suyo, en el Infante Don Fernando, su hermano, Rey de Hungría, y Bohemia. Salió después de Ratisbona, y con exercito de nouentamil infantes, y de treintamil cauallos, pasó a oponerse al Turco Soliman, que con mas de quatrocientos mil combatientes, y quarenta mil gastadores, marchaua contra Viena, en cuya campaña, el Cesar, le presentó la batalla, y el Turco le boluió la espalda, perdiendo en la fuga sobre setenta mil hombres, y rompiendo las puentes para no ser seguidos. Esto en tanto, que los Generales de Don Carlos, vencidos., los del Turco, en los mares de Grecia, conquistauan, en la Morea, las Ciudades de Coron, y Patras; y destrozauan en Monasterio, y sus confines los Hereges Anabaptistas.

Boluió a su España el Cesar, pero empeñado antes, en la empresa de restituir en su Reyno a Muly, Rey legitimo de / Túnez, desposado del Turco, y de su General Barbarroxa. Pasó con este empeño, Don Carlos en Africa donde con el bastón ; como caudillo, y quanto conuino, como soldado con la lança, y la espada, asaltó, y espugnó la Goleta ; desbarató, las huestes de Barbarroxa, las vezes, que se atreuiéron a hazerle rostro, en la campaña, o sobre los muros de Túnez, y le ahuyento de la Ciudad, y Reyno; y dexando restituydo, tributario, y vasallo, a Muley, dio a conocer al Turco Soliman, que sus menguantes Lunas, en Europa, y Africa, auian de serlo mas siembre, que se afrontasen a las Aguilas, y Leones de Carlos Quinto.

En los años siguientes, desbaratado otras dos vezes en la mar, sobre Colibre y sobre Niza de Prouenza, Barba-Roja y sus Escuadras, con las de Francia, hizo el Emperador la jornada de Argel, y hizo en la aduersidad, / con que el cielo le trabajó, la mas heroyca preuoa de su confianza, y Christianidad. Cedió al fin el Cesar al Cielo, pero tan sin ceder su braueza a la fortuna, que apenas buuelto a España, pasó por Italia al Pays Baxo, donde con la famosa expugnación de Dura, sojuzgó las Prouincias de Lieja, Iulier y Cleues, y allanó a Guillermo de Cleues su Duque, aunque después le perdonó humillado y le dexó enseñado, de que Don Carlos sólo se dexaua vencer de quien se le rendía. Entró sucesiuamente en Francia, donde expugnadas otras plaças presentó sobre Landresi, la Batalla al Rey Francisco, que con Exercito de cinquenta mil hombres, no la esperó, y se vio obligado, a pedir, y firmar la paz, teniendo a Don Carlos armado dentro de Francia, y cerca de Paris.

Firmada aquella paz, aunque siempre mal afirmada, lleuó al Emperador a Alemania, / el zelo de la Religión Catholica, contra la Heregia de Lutero, protestada con armas, y aliança que llamaron Esmalcalda de la mayor parte de Principes y Ciudades del Imperio, y como cabeças de la Liga, por el Duque de Saxonia, y Lantzgraue de Hesta, con Exercito de mas de cien mil conuatiens, y al respeto de Artillería, barcas y Bagajes. A este poder se opuso el Cesar con dos tercios menos de Exercito, y con este emprendió triunfar de aquel tan formidable en fuerças, y numero, y poner el yugo de la sujeción, a un cuerpo tan basto, como el de tantos Potentados, y Prouincias, armadas del furor, y séquito de libertad, y Religión. Pero tanto pudo caber en el coraçon de Don Carlos y en fê y zelo de la causa de Dios, por quie militaua. Con este coraçon y fe siguió domo y deshizo las fuerças del Saxonio, y Lats / graue: debeló despues al primero, y le prendió en la gloriosa batalla del Albis, con que allanó también las soleuaciones de Bohemia. Tuvo a sus pies rendido al Lantzgraue, y al Duque de Vitemverga y humillados al Conde Palatino, y Marques de Brandenburg, con otros y postradas al Trono del Cesar, las mas poderosas Ciudades y Prouincias de aquella gran porción de Europa, cuyos circuios atraesaron victoriosas las enseñas de Carlos Quinto desde más acá del Danubio y sus riberas meridionales, hasta de la otra parte del Albis, al Oceano Septemtrional. Esto en menos de un año con que llegó a dezir el Christiane reconocimiento del Cesar Carlos, que auia venido y visto, pero que solo Dios auia vencido pues le auia dado en un año y en toda Alemania los triunfos, que costaron treinta años de guerra, a Carlos Magno en la / Saxonia, y diez años a Iulio Cesar, contra las Galias. Calificó estos justos paralelos, la Sede Apostolica, que por su legado y con un Breue saludó a Carlos Quinto, con titulos de Máximo, y fortisimo que no los ha tenido antes, ni despues otro Emperador, y solo Carlos Quinto ha tenido, y merecido.

Podrian contarse estas victorias, por las mayores, y últimas de Carlos Quinto, sino se las huiese seguido la mayor, que fue vencerse a si, y auer leuantado, y fabricado de si, y a su memoria, un trofeo incontrastable a los bayuenes de la fortuna, y del tiempo. Trabajaua notablemente al Cesar la gota, algunos años antes, y mas en medio de los frios, y marchas de la guerra de Alemania ; bien que su constancia, y valor, se sobreponía a los tiempos, y a la fortuna, aunque la / experimentó menos prospera, quando, ya no pensaua, sino en despedirse della, y del cetro, hallándose desarmado, y acometido de las soleuaciones del nueuo Elector Mauricio de Saxonia, y del de Brandenburg, y otros, y de los rompimientos de la tregua de Henrico, el Segundo de Francia, en la Lorena, Flandes, Piamente, Sena y Córcega. Pero el gran coraçon, y nombre de Carlos Quinto, le bastó, y mantuvo contra todas. Mostróse otras vez, y quando menos se esperaua, aramdo, a Alemania, y se hizo respetar, y obedecer, y humilló al Duque de Lorena, quanto quier, que el inuierno no le dexó lograr el asedio de Metz.

Recobró su ejército, en la frontera de Francia a Hesdin, y arruinó a Teroana. En Italia sus armas, se apoderaron del Estado de Sena, y hecharon los Franceses; y su Armada de mar: también los hecho de Córcega, y dexó en posesión / de aquella Isla, a la República de Genoua; y poco tiempo antes, otra Armada del Cesar, se auia apoderado con un famoso cerco de la Ciudad de Africa en Berberia.

Llegó en fin entre estos sucesos, a que la emulación dio nombre de descaecimientos de la felicidad del Cesar, la mayor suya, y la mayor, demostración también de su magnanimidad, que fue auer renunciado las Coronas, y Monarquía de sus Reynos, en Don Felipe Segundo su hijo, y cedido el Imperio de Alemania, para Don Fernando su hermano, y retirándose para morir al Conuento de Iuste de la Orden de San Geronimo, en el Obispado de Plasencia. Mas de diez años antes, en la cumbre de su prosperidad, su desengaño, auia hecho reconocer, y elegido a quel sitio, y después consultado con el Santo Francisco de Borja, y declarado en su testamento de Augusta la resolución de retirarse y darse todo a las virtudes de hombre, quanto le restase de vida, ya que de la pasada le auian lleuado la mas las de Emperador, y Rey. Este fue el fin con que buscó la soledad Carlos Quinto: y tan lexos ha estado de la verdad la malignidad, que ha intentado arrimarle otros motiuos.

Las virtudes del Emperador, y Rey en Don Carlos, y en la paz (ya que las de guerrero, en las plumas de la fama, y en la que forma este diseño, fe han lleuado el primero, y mayor lugar) pu dieran de por fí, auersele dado, glorioso, y igual, al de los mayores Principes de su edad. La primera, como lo deuia ser, fue la Religión, y el zelo de ampararla, y mantenerla en la integridad Catholica, asi con su exemplo, y con la protestación publica della, que hizo en Vormes, y acompañó su autori- / -dad Imperial, y oficios en otras dietas, como con la espada en las batallas contra Hereges, y Infieles, publicando en la de Túnez, que un Santo Crucifixo, que leuantó en alto, era el General de aquella Empresa, y Carlos su Alferez, y en la guerra de Alemania, que hauia venido, visto, y solo Dios auia vencido. Pero sobre todo con las suplicas, repetidamente interpuestas por el Emperador, con la Sede Apostolica, para que el Santo Concilio General de Trento, se congregase, y despues trasladado, y disuelto, se restituyese, demás de otros concilios nacionales en Alemania.

De la prudencia de Don Carlos, atenta a las obligaciones del cargo de Rey, y al bien de sus Reynos, son demostraciones permanentes, las instrucciones que dexó a la Emperatriz Doña Isabel su muger, para el gouierno de España, en su ausencia, y a la / Reyna Maria de Hungría, su hermana, para el de los Paysex Baxos y al Principe Don Felipe su hijo, en vida y en su testamento, y otras a sus Embaxadores, y Ministros, que oy se leen, y algunas tan propias del Cesar, y tan reseruadas, que se escriuieron de su

mano, y letra, y se entregaron por él mismo a fu hijo, sin fiarlas de ministro alguno; pero todas llenas de advertimientos, y dictámenes Chistianos, prudentes y politicos: y son efecto, y prueua de que en ellos tuvo la mas el saber, y experiencias de Don Carlos, ver, que entrando a reynar con pocos años, en Prouincias turbadas, y Naciones tan diferentes, en lenguas, y costumbres, se supo hacer amar, y respetar de todas, y lo consiguió con aplicarse zelosamente al oficio de regirlas, y Reynar por si, y procurar que siempre se entendiese que de si solo dependian las resoluciones, zelo, y aplicación en / que le puso Guillermo de Chieure, su Ayo, con alabança, a lo menos en esto digna, y exemplar en quien era, y fue despues, en la gracia de Don Carlos el primero.

A la justicia en sus empresas, y armas, atendió tanto, que nunca las mouió en la Chistiandad, sino prouocado, y para defenderse, ó defender la prez, y honra de cauallero (y aun la de hombre de bien, que solia servirle de juramento y la preciaua al lado de la de Principe) y solo las mouió de su volunta dp or la Santa Fe contra sus enemigos ; y por lo que tocó a la justicia, y gouierno regular de sus Reynos, les dio Don Carlos el mejor cobro que pudo, y deuio, y mas en tantas, y tan largas ausencias suyas, fiándolo de sus Tribunales, y Consejo, pero se reseruó la clemencia, y liberalidad para exercitarla por si, con sabia, y acordada atención politica con que los cas / tigos a que obligó la justicia, se executaron por sus Ministros, y no se cuentan por de Don Carlos; y los perdones y mercedes, se deuieron, y atribuyeron solo a su clemencia, y liberalidad.

Perdonó la clemencia de Don Carlos, de mas de un numero sin numero de culpados, en las primeras revoluciones de sus Prouincias, entre los hombres mas altos, al Duque Francisco Sforzia, y su liberalidad le dio dos veces el Estado de Milan. Perdonó también, y le permitió la posesión de los ducados de Cleues, y Geldres, a Guillermo su Duque. Dio libertad al Rey Francisco su prisionero, hizo gracia de la vida, al Duque de Saxonia, y Lantzgraue, siendo también sus prisioneros y aseguró con el perdón en sus Estados, al Conde Palatino, Marques de Brandemburgo, y Duque de Vitember. Dio en Africa el Reyno de Túnez, conquistado por si, / a Muley Hazen, y en Italia el Señorío de Florencia, con titulo de Duque a Alejandro de Medize, y su casa. Perdonó a Octauio Farnesio. Duque de Parma, y le franqueó a Plasencia. Puso dos veces en libertad a la República de Genoua, y la estableció en Córcega, y dio a la Isla de Malta. Aseguró a los Duques de Lorena, y Saboya en los mas de sus Estados, ocupados por Francia. Traspasó en el Infante don Fernando su hermano, las Prouincias hereditarias de la casa de Austria; hizo elegirle Rey de Romanos, y con su renunciación, despues le abrió la puerta para el Imperio, y exaltó a su Maestro Hadriano, con la purpura de Cardenal, a la Tiara de Pontífice. Tanto supo y bastó a perdonar, dar, ceder, y restituir, la clemencia y magnanimidad de Carlos Quinto, sin auer acrecentado, o añadido a fu Monarquía, sino lo que Dios /

le dio en la America, y en Italia, el Estado de Milan, y Señorío de Sena, con los títulos del Imperio, y en los Países Baxos, el Ducado de Geldres, que por justos derechos le pertenecía.

Con estas excelentes virtudes de Rey Catholico, Religioso, sabio, justo, clemente, y magnanimo, que exercito en la paz, acompañó Don Carlos, los renombres, que le adquirieron sus proezas, y felicidades en la guerra, de Indico, Africano, Francisco, Germanico, Turcico y mereció por todas, los títulos de Máximo, y Fortisimo, con que le saludó el Vicario de Christo, en la Sede Apostolica, Paulo Tercero.

Las jornadas de Carlos V por mar, y tierra, en Europa y Africa, hasta la ultima, con que pasó a mejor vida, sin poner a esta cuenta, las que con sus Armadas, desde el Oceano de Cadiz, conquistaron la America del Norte, y / Medio Día, y fundaron un Nuevo Imperio, en un nuevo mundo, fueron tantas en numero, que casi igualan a los años de vida de aquel Heroe, y exceden a los de su Reynado, y Imperio. Nueve veces pasó a Alemania la Alta, siete en Italia, y seis a España ; diez veces vino a los Países Baxos, dos llegó a Inglaterra, quatro entró a Francia, y las tres armado, y dos también armado en Africa, ocho veces navegó el Mediterraneo y cuatro el Ozeano, hasta que la última destas navegaciones le condujo a España, y al puerto de su retiro en Iuste.

En aquel puerto de su humanidad, exercito Don Carlos, las virtudes de hombre, a que auia aspirado, con suspiros, en la alta mar de la soberanía ; bien que aun en medio de los golfos y olas de los negocios, auia sabido su desengaño, y deuocion, hallar seños de horas para recogerse. Pero en la soledad de Yuste, / todo fue, penitente, pobre, y humilde, y tan sin acordarse de auer sido Emperador, y Rey, que solo le siruió aquella memoria, para mas merito en la ocasión del castigo, que se dió a algunos Herejes de aquel tiempo, que solo saldria de su retiro, si fuese necesaria su salida para ejecutarlo. En lo demás, nunca hecho menos lo que dexó, y aquel gran coraçon, de quien se creia venirle estrecho el Imperio de dos mundos, supo caber dentro de si, en estrechas paredes, y fabricarse en el Imperio de si mismo, la mejor Monarquía. Las Coronas que ciñeron las sienes de Carlos V, dexadas por él mismo, y dedicadas al Señor, Dios de Cetros, y Coronas, le Coronaron mas Augusta, y gloriosamente ; y aquella espada inuencible, que le auia dado tantos triunfos, yá pendiente en el templo de su religioso desengaño, no fue / y será siempre su mejor trofeo.

Tan gloriosas fueron las postrimerías de Don Carlos, el Primero de España, en los dos años cumplidos, con que acabó los suyos en aquel retiro, y tan esclarecidas las virtudes, y las hazañas en paz, y en guerra, en sus primeros, y mayores años, quarenta y quatro de rey, y treinta y ochó de Emperador, con que su viuir y morir, su Reynar, y vencer, están dando, la mas heroyca, y digna enseñanza, a sus sucesores, y a los reynados de menor y mayor edad, para asegurar felicidad con la imitación.

O CARLOS EL SEGUNDO

O Rey, y sucesor dado por Dios cuando ya zozobraba la esperanza de la sucesión para la mayor Monarquía.

Copiad de Carlos el Primero, las excelencias de hombre, y de Rey; y / aquella Real y santa criança, que el Cielo os previno, en tan augusta Reyna, y madre, como al primero en la Princesa Margarita su tia, sea para que en las glorias de el viuir, y el Reynar, nunca parezcáis el segundo, y solo aya sido el primero, y vuestro heroico terceroabuelo, en precederos, como antorcha, esclarecida, y conduciros con la luz de su exemplo, y memoria a proezas dignas de un nieto de aquel Carlos, que se eternizen con vuestro nombre en la sucesión de los siglos, y de la fama.

O sea así, señor Dios, por quien son, y Reynan los Reyes. Dad Señor cumplimiento, a los votos, y esperanzas desta Catholica Monarquía, y permitid a los esbozos de una humilde pluma, de quien postrado acatadamente, a los pies de su Rey, y Señor, y dedicado a las primeras lineas de sus años, y artes de paz, está experimentando las excelencias de / animo, y cuerpo, de que vos Señor le dotasteis, que os presente estos dones, y aquellos votos de sus reynos, para que por vuestra bondad, los acompañe la felicidad, y VIVA, CREZCA, Y REYNE, CARLOS SEGUNDO, para exaltación de la Santa Iglesia, y gloria del nombre Christiano.